

EN TORNO A LA CREACION DEL HOMBRE

En el número 17 de CIENCIA Y FE citamos el notable artículo de N. LAHOVARY publicado en *Anthropos* (Sept. 1948, p. 97 ss.) *Les origines humaines...*, y de nuevo lo volvimos a citar en el número 18, en defensa de nuestra posición de cautela y de reserva, por tratarse de una autoridad científica reconocida, que arguye con hechos positivos y no con hipótesis. Más adelante hemos leído diversos artículos, en algunos de los cuales sus autores parecen suponer que la teoría del transformismo moderado va dominando el campo de la ciencia, y, según ellos lo insinúan, no parecen estar al tanto de la realidad científica aquellos escriturarios que no se lanzan a dar de plano un voto de confianza a la citada hipótesis. A este propósito se alega también la famosa carta del Card. Suhard, como si en ella hubiera un estímulo para admitir de rondón lo que no está legítimamente probado.

Como ésta es una discusión reservada a los especialistas, nos contentaremos ahora con entresacar algo de lo que nuevamente escribe, y ahora con más fuerza y nuevos datos, el mismo acreditado autor en el último número de la misma revista científica *Anthropos*, con el título: *Du nouveau sur le problème des origines humaines* (volum. 45, Enero-Junio de 1950, pp. 183-194).

Lo menos que se ha de evidenciar con estas notas es no solamente el desacuerdo, sino la oposición contradictoria en polos totalmente opuestos, en que se hallan los científicos en este punto tan importante. Se impone, pues, cuando menos, una prudente reserva, si ya no una total desconfianza.

Véase:

N. LAHOVARY recoge las objeciones formuladas por el P. MARCOZZI en la revista *Gregorianum*, XXIX, 1948: «*Poligenesi ed evoluzione nelle origini dell'uomo*».

«Me ha reprochado, dice, el no haber tenido en cuenta que la evolución humana no se había desarrollado ortogenéticamente; que, además, la sucesión cronológica de las razas humanas no se debía clasificar de una manera global para toda la humanidad, sino para cada continente aparte; otro sí, que la fechación de algunas de estas razas era muy incierta, y en fin, que el Sinántropo y el Pitecántropo pertenecían al pleistoceno antiguo y no al medio, como yo lo había indicado. Mi crítico añadía que con estas correcciones la discordancia entre la sucesión cronológica de los tipos prehumanos o humanos y su orden de perfeccionamiento morfológico no resultaba tan notoria. Por otra parte, como la evolución humana no había seguido una vía rectilínea, ortogenética, estas discordancias, aun allí donde subsistieran, no probarían nada, o a lo menos no gran cosa. Por lo que atañe a nuestro argumento concreto sacado de la disminución del

volumen del cerebro, el profesor MARCOZZI, sin duda embarazado por él, no hacía alusión alguna...».

A continuación, comienza a discutir sobre los puntos indicados, afirmando ante todo que las tablas cronológicas y morfológicas propuestas por el P. MARCOZZI sirven lo mismo para la tesis contradictoria. Que en Europa las razas más perfeccionadas del Homo sapiens habían precedido a las del hombre primitivo (homo primigenius) y aun de los antropianos, más primitivos todavía, y que esta anterioridad tan perturbadora era muy considerable —en el estado actual de nuestros conocimientos— y podría expresarse con números de seis cifras. Que el H. S. (homo sapiens) o Proto-Sapiens de Piltdown, de Bury-St-Edmunds, el H. S. de Swanscombe, de Denise, de Olmo se halla también en la lista de Marcozzi, como anterior en muchas edades geológicas a los de Neanderthal... etc. y después de otros datos, en los que ambos convienen, concluye: «Pero nosotros habíamos sacado las conclusiones lógicas, mientras que aquellos autores, que han atendido, a pesar de todo, a la nostalgia de las antiguas explicaciones esquemáticas tan elegantes, en apariencia, en su seductora simplicidad, prefieren pasarlas en silencio».

Afirma el P. Marcozzi, y con razón, que la evolución humana no es uniforme, etc. Así es, viene a decirle, y esto es precisamente lo que va contra él. Arguyendo con diferentes hechos, que va analizando uno por uno y no nos toca reproducir en estas páginas, hace ver cómo el transformismo se apoya, cabalmente, en este postulado falso, de una evolución progresiva ortogénica dentro de la misma especie. «Y aquí está precisamente, a nuestro entender, el error fundamental del razonamiento, y si WEIDENREICH y otros transformistas insisten en sostener la idea de una evolución rectilínea u ortogénica, es porque han comprendido bien que *sin ella el transformismo resulta prácticamente indemostrable* (subrayado por el autor), y resbala al fondo de las hipótesis y de las especulaciones, elegantes, si se quiere, o plausibles, pero destinadas a no ser jamás probadas completamente y sin apelación».

«En efecto, si la evolución se desarrollase siempre en un mismo sentido progresivo y con una cadencia sensiblemente uniforme entre las ramas de una misma especie, la premisa de un transformismo ortodoxo, o sea la de una correspondencia regular entre el progreso morfológico y el tiempo transcurrido, quedaría satisfecha. Por tanto, si los descubrimientos paleontológicos no nos dieran todavía hoy un cuadro suficientemente claro de sus correspondencias, podría siempre apelarse a las lagunas de nuestra documentación, y esperar a que nuevos hallazgos vinieran un día a colmarlas, corrigiendo las discordancias, que en tal caso no serían sino aparentes y temporales. La boga de las «faltas de eslabones» (missing links) o anillos echados de menos, tan de moda en la época del descubrimiento del Pitecántropo y aun más adelante, expresaba exactamente esta tendencia».

«Pero desde el momento en que se debe renunciar, como consecuencia de las palinodias que les han sido impuestas, a estas concepciones ortogénicas, o de un desenvolvimiento con un ritmo aproximativamente igual, de las diversas ramas de una especie, la hipótesis del eslabón desaparecido pierde forzosamente todo valor probativo y desaparece al mismo tiempo toda posibilidad de demostrar

sin equívoco la antigüedad relativa de las diversas líneas. Si, como en los varios ejemplos que nos proporciona la genética reciente, *tal rama puede evolucionar más rápidamente que tal otra y en un sentido a la vez diferente e imprevisible, ya no hay opción a decir en adelante que la raza más compleja debe ser más reciente que tal otra raza más primitiva*, ni que deba, más o menos verosímelmente, haber salido de ella».

Más adelante, volviendo a citar a WEIDENREICH y notando su manera inconsecuente de razonar, a pesar de los hechos, añade: «Ya se ve la manera de proceder de sabios reputados, desde que han llegado a ser prisioneros de un dogmatismo transformista».

«Se invoca una evolución ortogénica regular, que la ciencia moderna ha desmentido, y sobre esta falsa base se avanza más lejos, haciendo abstracción de lo que, aun en las condiciones de ortogénesis, podría únicamente probarla, esto es, la *sucesión cronológica y la coherencia geográfica*».

«Hemos escogido este ejemplo porque nos parece particularmente típico del modo cómo una simple maniobra del ingenio, una construcción que ha dado de mano a los hechos embarazosos de la realidad, llega a ser una teoría científica».

Nótese la insistencia con que en éste y en el anterior artículo apela el autor, apoyado en los nuevos descubrimientos, a hechos contrarios a la teoría, hechos embarazosos ante un juego o maniobra del ingenio que se convierte artificiosamente en una teoría científica. Y juzgue el lector.

FLORENTINO OGARA, S. I.

Más sobre el sentido mariológico del Protoevangelio.

Con motivo de lo estampado en esta Revista acerca de la interpretación del Protoevangelio en las Biblias recientes, nos habíamos propuesto escribir más largo, para refutar ciertas frases vagas que han ido apareciendo en algunos autores, con muy poco miramiento a la Bula «Ineffabilis», como si la mayoría de los Padres no hubieran visto en el Protoevangelio ni sentido mesiánico, ni, menos aún, mariológico.

Por parecernos tan falsa la proposición, y la misma argumentación tan mal encauzada, íbamos haciendo acopio de materiales para rebatirla y escribimos algunas páginas en el mismo sentido. Afortunadamente supimos después que este trabajo es innecesario, por haberlo emprendido y llevado a cabo felizmente el P. T. GALLUS, S. I. en su obra reciente «Interpretatio mariologica Protoevangelii (Gen. 3, 15) tempore postpatristico usque ad Concilium Tridentinum». In 8, XVI, 215 p. «Orbis catholicus». Romae, 1949.

Juntamente con la recensión de este libro, nos da una discusión bastante amplia el P. LUIS G. DA FONSECA en «Biblica», vol. 31 (1950) 95-104.

Aquí nos contentaremos con recoger las conclusiones de esta obra, formuladas en la revista «Verbum Domini», vol. 28, fasc. 1 (1950), pág. 64: «La interpretación mariológica, notablemente manifestada desde el principio, es ya al fin de la Edad Media sentencia común de todos los Doctores» (p. 199). «En todo

el tiempo postpatrístico no hay ni uno solo que en Gén. 3, 15 excluya positivamente a la Santísima Virgen» (p. 199). «La interpretación positivamente antimariológica del Protoevangelio comienza en los Protestantes» (p. 199-200). La tradición constante y siempre creciente por el espacio de 16 siglos ha profesado el sentido mariológico del Protoevangelio (p. 200).

Por este estudio se echa de ver el falso enfoque de la discusión y, por tanto, lo erróneo de las conclusiones estampadas por Fr. DREWNIAK «Die mariologische Deutung von Gen. 3, 15 in der Väterzeit», repetidas después como un eco y, casi diríamos, como una consigna, en varios autores recientes.

Por lo demás, no nos agrada el desdoblamiento de la interpretación propuesta por el mismo P. GALLUS en su artículo «Sensus allegorico-dogmaticus-sensus litteralis Protoevangelii» [«Verbum Domini» 28 (1949) 33-43] ni en su réplica [«Verbum Domini» 28 (1950) 41-54]. Nos llevaría muy lejos la refutación de ese modo de concebir la *alegoría*, con un sentido *literal* y un sentido *típico*: en la alegoría el sentido literal *desaparece*; y no hay más que un *sentido*, al que la letra sirve de *mera imagen*, no realidad. *Sentido* es lo que *se quiere* decir, y en la alegoría (retórica) no se quiere decir sino *lo figurado*, no la figura que sirve de base y se compenetra con lo figurado.

FLORENTINO OGARA, S. I.

El Tercer Congreso Interamericano de Filosofía

(México, del 11 al 20 de enero de 1950)

Por el DR. JULIO RUIZ VELÁSQUEZ. — México

Del 11 al 20 de enero tuvo lugar en la ciudad de México el III Congreso Interamericano de Filosofía, patrocinado por la Universidad Nacional Autónoma de México. La comisión organizadora fué integrada por los doctores Samuel Ramos, Director de la Facultad de Filosofía y Letras; Eduardo García Maynez y Leopoldo Zea. Cerca de 60 delegados de Norte y Sur América tomaron parte en las sesiones. Entre los más conspicuos hay que anotar a Jean Wahl y Alexandre Koyré, de Francia; Guido Calogero, de Italia, al presente en McGill University, Canadá; Hendel, de Yale; Baumgardt, de la Biblioteca del Congreso; Cornelius Krusé, Estados Unidos; Alarco y Miró Quesada, del Perú; Risieri Frondizi, argentino, actualmente profesor en la Universidad de Yale; Picón Salas, de Venezuela; Pescador, de Bolivia; Agramonte, de Cuba; García Bacca, de Venezuela; Menéndez Samará, José Gaos y José Luis Curiel, de México.

I. — LA LIBERTAD INTELECTUAL

Se iniciaron los trabajos en el aula Martí de la Facultad de Filosofía y Letras, con una discusión de mesa redonda en torno al tema: *El Peligro de la Libertad Intelectual*. Hasta qué punto es esencial al filosofar la preservación de la libertad individual del filósofo.

No pocos de los congresistas vieron en la presión política o dogmática la más grave amenaza de la libertad intelectual. «No es exacto, sostiene Ramos en su ponencia, que toda filosofía aspire a la verdad, si por esta palabra se entiende una entidad abstracta que es siempre la misma. Al contrario, la historia muestra que la filosofía persigue diferentes verdades según la época». Deber es del filósofo ser fiel a su personalidad y a su tiempo. En opinión de Picón Salas, de Venezuela, la amenaza contra la libertad intelectual es radicalmente política, en cuanto la libre investigación «hace peligrar los mitos y sustentáculos de la tribu». Los partidos políticos se constituyen en herederos de la infalibilidad religiosa. Por su parte, Risieri Frondizi opina que «cuando hay libertad intelectual corren peligro tan sólo los principios dogmáticos, las doctrinas mal fundadas y las ideas que se sostienen en alguna fuerza externa que, por lo general, es el poder político, el eclesiástico o el económico...». Quien admite principios dogmáticos no